

L I S B O A



Lisboa vista por Saramago

Citamos a José Saramago, no tanto porque le hayan coronado con el premio Nobel, sino por haberlo leído, con pasión muy pocas veces distante, desde hace algún tiempo.

Aun cuando ya nos deja advertido en su libro VIAJE A PORTUGAL que "no hay que recurrir como agencia de viajes o escaparate turístico: el autor no ha venido a dar consejos, aunque sobreabunde en opiniones", nosotros hemos recogido, ojalá que para regodeo, algunos párrafos:

"Aquí está el collar. El viajero lo prometió y lo cumple: apenas entrara en Lisboa, iría al Museo de Arqueología y Etnología en busca del mentado collar usado por el esclavo de los Lafetés. Se puede leer lo que dice: "Este negro es de Agostinho de Lafeté de Carvalhal de Obidos". El viajero lo repite una y otra vez para que quede grabado en las memorias olvidadas. Este objeto, si es preciso darle un precio, vale millones y millones de millones, tanto como los Jerónimos, que está aquí al lado, la Torre de Belén, el palacio presidencial, todos los coches juntos y revueltos, y vale probablemente por toda la ciudad de Lisboa. Este collar es exactamente un collar, tíjense bien, y estuvo en el cuello de un hombre, le chupó el sudor, y tal vez algo de sangre también, de algún vergajazo que debía ir a los lomos y erró el camino. Agradece el viajero muy de corazón a quien recogió y no destruyó la prueba de un gran crimen".

"De camino se asustó con la ciclópea estatua ecuestre de don Joao I que está en la Plaza da Figueira, ejemplo acabado de un equívoco plástico que sólo raramente supimos resolver: casi siempre hay demasiado caballo y poco hombre".

"El viajero lo saborea todo con sus veinte sentidos, y encuentra aún que son pocos, aunque sea capaz, por ejemplo, y por contentarse con los cinco que trajo al nacer, de oír lo que ve, de ver lo que oye, oler lo que siente en las puntas de los dedos y saborear en la lengua la sal que en este momento exacto está oyendo y viendo en la ola que viene del mar abierto. Desde lo alto de la Rocha do Conde de Obidos el viajero aplaude a la vida".

"El viajero es habitual visitante (del Museo de Arte Antigua), tiene la buena costumbre de ver una sala cada vez, quedarse allí una hora, y salir luego. Recomienda el método. Una comida de treinta platos no alimenta treinta veces más que una comida de un plato solo; mirar cien cuadros puede destruir el provecho y el placer que uno de ellos daría. Excepto en lo que toque a la organización del espacio, las aritméticas tienen poco que ver con el arte".

"El viajero ha visto mucho mundo y mucha vida, y nunca le ha gustado encontrarse en la piel del turista que va, mira, hace que entiende, saca fotos y vuelve a su tierra diciendo que conoce Alfama, pero no sabe lo que Alfama es".

El Fado



De la "saudade" al "fado"

"Saudade es lo portugués, somos nosotros mismos. Para nosotros es instintivo, algo que aprendimos a lo largo de los momentos difíciles de nuestra historia" (Amália Rodrigues).

Este sentimiento agri dulce, nostálgico, melancólico, tierno, desgarrado, acompañó a los navegantes que partieron de riberas conocidas y amadas hacia destinos desconocidos y temidos; acompañó a colonos, aquellos emigrantes que soñaban con el regreso y, entretanto, contaban casi a oscuras lo que habían dejado. Con el tiempo, perdieron los perfiles, los contornos, los bultos. Y terminaron por reinventarlo todo. Las primeras veces se contaba en detalle. Alguien enloqueció una noche, y salmodiaba la historia, sin adornos. Al cabo, uno sintió un chasquido de emoción y abandono, de "saudade". Y cantó un fado.

Como dice Saramago, "habitamos físicamente un espacio, pero sentimentalmente vivimos en una memoria". (J. A. Iglesias).

Precisiones

"El Fado es antiguo, pero no anticuado. El Fado es triste, pero no infeliz. El Fado es oscuro, pero no gris. El gris es el tono medio, el Fado habla de sentimientos, y éstos no son nunca de medio tono".

Dónde

"Por la noche, en el viejo Lisboa, al pie de Alfama, cerca del río, en una callejuela en forma de escalera, me llevaban a oír fados a un lugar desconocido por los turistas. Es un restaurante pequeño, donde los portugueses cantan para sí; más exactamente, diría que cada cual canta para sí mismo, como si la música le permitiera vaciar su corazón. Una mujer joven y muy bella entona fados igual que si soñara de pie; la sucede otra, con cara de estatua quebrada y cuya voz rauca tiene, a menudo, modulaciones muy suaves, notas repetidas, como las de un pájaro. También las tres guitarras tienen un registro propio. Una exhibe acentos de clavicordio, cuando imita a la lluvia sobre un techo de zinc; otra recuerda extraños dulzores hawaianos. La música resbala, se encabrita, nos transporta muy lejos, hacia una bruma, desgarrada, de golpe, por el sol" (Julien Green).

Letras de Amália Rodrigues

Si supiese,
si supiese que muriendo
tú me habrías,
tú me habrías de llorar,
por una lágrima,
por una lágrima tuya,
¡qué alegría!,
me dejaría matar.

"Lágrima"



Qué extraña forma de vida
tiene este mi corazón:
vive una vida perdida.
¿Quién le daría este don?
¡Qué extraña forma de vida!

Ya no te acompaño más.
Para, deja de latir.
Si no sabes dónde vas,
¿por qué insistes en seguir?
Ya no te acompaño más.

"Qué extraña forma de vida"